

CARRICK

EL NIÑO SALVADOR

Hace muchos años existía una isla, que se encontraba en las aguas del Norte, llamada Amapola sus tierras se encontraban bajo el nivel del mar, unos grandes diques impedían que fuera cubierta por las aguas.

Durante muchos siglos los amapoladienses han trabajado mucho para mantener la seguridad de los diques. Toda persona, incluso los niños más pequeños, sabían que los diques estaban permanentemente vigilados porque un agujero en uno de ellos podía ser muy peligroso, ya que la isla podía desaparecer.

Había un niño llamado Carrick que vivía con sus padres en Amapola. Su padre trabaja controlando las puertas de los diques, las abre y las cierra para que los barcos pudieran pasar de los canales al ancho mar.

Una tarde de otoño, cuando Carrick tenía ocho años, su madre le llamó.

-¡Ven Carrick! - le dijo -. Cruza el dique y lleva a tu amigo el ciego estos pasteles que he hecho hoy. Si te das prisa y no te entretienes jugando, estarás de vuelta antes de que oscurezca.

Al chico le alegró mucho ese recado y partió muy alegre. Se quedó un rato con el pobre ciego, le contó con detalle su paseo por el dique y le habló del sol, las flores, los barcos que navegaban por el mar. De repente se acordó que su madre deseaba que volviera antes del anochecer, se despidió de su amigo y emprendió el regreso a casa.

Caminando por el borde del canal comenzó a llover y observó que la lluvia había hecho subir el nivel de las aguas, que golpeaban el borde del dique. Entonces recordó a su padre y las compuertas.

- Me alegro que sean fuertes - se dijo a sí mismo -. Y si se abrieran ¿ qué sería de nosotros? Estos preciosos campos, repletos de flores azuladas, se inundarían y todas las personas que vivimos en esta isla nos ahogaríamos -. Le dio un vuelco el corazón, pero dejando ese pensamiento continuó su camino.

De vez en cuando se paraba para coger hermosas flores azules que luego se las daría a su madre, y para escuchar el ruido del agua al caer de sus hojas. Y no paraba de sonreír al pensar en su visita al pobre anciano ciego, que tenía tan pocas satisfacciones y lo mucho que se alegraba de sus visitas.

De pronto se dio cuenta de que el sol se ponía y que la oscuridad iba creciendo.

- Mamá me estará esperando - se dijo - y empezó a correr hacia su casa.

Justo entonces oyó un ruido. ¡Era el sonido de un goteo! Se detuvo y miró hacia abajo. Había un pequeño agujero en el dique por el que fluía el agua. A todo niño apoladiense le asustaba la idea de que de ese agujero se formara una grieta.

Carrick se dio cuenta del peligro. Tiró su ramo de flores, descendió hasta la base del dique e introdujo el dedo en el pequeño agujero. ¡ El agua dejó de fluir!

- Amapola no se inundará mientras yo esté aquí - dijo con esperanza Carrick.

Al principio todo iba bien, pero el frío y la oscuridad no tardaron en aparecer. Carrick no dejaba de gritar.

- ¡ Venid, venid aquí! - chillaba.

Pero nadie le oía ni acudía a ayudarlo .

Cada vez tenía más frío, le dolía el brazo y lo sentía húmedo y rígido. Pero Carrick no se rindió y volvió a gritar.

- ¿Es qué no va a venir nadie a ayudarme? ¡ Mamá, mamá!

Su madre le había estado buscando por el canino del dique, desde la puesta del sol, repetidas veces y finalmente cerró la puerta de la casa pensando que su hijo se había quedado a dormir en casa de su amigo el ciego, y pensaba echarle una buena reprimenda cuando regresara por no haberle pedido permiso para dormir fuera de casa.

Carrick seguía en la base del dique tapando el agujero. Intentó todo: silvar, chillar, cantar... pero nada, nadie le oía. Sin embargo, el niño no se rindió.

- Permaneceré aunque sea toda la noche. No dejaré que Amapola se inunde - pensó en voz alta.

Y así pasó toda la noche, sentado con el dedo metido en el agujero, esperando que alguien fuera allí para salvarle.

Al día siguiente, por la mañana temprano, un hombre que se dirigía a su trabajo por el dique, oyó un gemido. Se inclinó sobre el borde y vio a un niño arrimado al lateral del gran muro.

-¿ Qué te ocurre? ¿ Te has caído? ¿ Te has hecho daño? - preguntó el hombre.

-¡Estoy frenando el agua! - chilló Carrick - ¡ Avisa que vengan todos rápidamente!

El hombre obedeció, extendiéndose así la alarma. La gente vino con palas y el agujero no tardó en ser tapado de nuevo.

Llevaron a Carrick a su casa, él contó lo ocurrido y pronto todas las personas del pueblo de Amapola se enteraron de cómo,

aquella noche, un niño de ocho años les había salvado la vida.

Y en conmemoración le hicieron una estatua.

Desde ese día hasta los nuestros, esa isla ha desaparecido al undirse, pero seguramente la estatua que recuerda el hecho de Carrick sigue en algún lugar del reino marino recordando esta historia

CRISTINA BARBA RABADAN

